



Agustín García Meana

© Agustín García Meana.

Todos los derechos de esta obra son propiedad del autor. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

La vida en sí, toda ella, es una jodida mierda. O no, quién sabe. Por lo que a mí respecta me tocó la parte fea, esa con la que nadie quiere bailar. Quizás mi destino era acabar vagando por la vida. ¿Hay algo más triste que caminar por la vida sin rumbo? Sí, sufrir ese camino. Esa ha sido la parte que me ha tocado jugar y, joder, para mi desgracia, la he sabido jugar tan bien que hoy, me miro en el espejo y no veo más que un andrajo de mierda. No soy más que una piltrafa cada día un poco más hundida en el fango; en un fango que alguien me dispuso y en el que yo, sin oposición, me sumergí. La vida me robó la ilusión, me hurtó los sueños, y me dispuso un camino, equivocado, pero fácil para alguien cuya moral no era más que un residuo del pasado.

Ricardo Sánchez Montoya (Cardo).

1.

Tenía sobre la mesilla de noche una de sus cajetillas de Lucky Strike. Cogió un cigarrillo y le dio fuego. Después, completamente desnudo, se levantó y caminó hacia la ventana con paso lento y sigiloso. Junto a una de las cortinas, echó una calada honda, reflexiva, y exhaló el humo con grandilocuente parsimonia mientras observaba a través del cristal. Fuera, los más madrugadores, obligados por la necesidad que hace del trabajo una suerte, caminaban tristes, dormidos, resignados por tener que salir de sus camas antes del amanecer. Montoya los observó durante un corto tiempo, mientras echaba un par de caladas más.

Miró el reloj de su muñeca: faltaban unos minutos para las seis de la mañana del que amenazaba con ser otro frío y húmedo día de Diciembre en aquella ciudad del norte, en donde él había decidido refugiarse desde hacía un par de años, regresando a sus orígenes. Otra calada, tan honda y reflexiva como la primera. Volvió a exhalar el humo con la misma parsimonia y giró la cabeza hacia la cama; allí estaba ella.

Observó su rizada melena caoba reposando sobre la almohada. Estaba profundamente dormida. Apenas hacía una hora follaban desaforadamente. Apenas hacía una hora sus labios recorrían el cuerpo de la mujer, se deleitaban en sus duros pezones, tiesos, firmes, ardientes de deseo, mientras sus lenguas se enzarzaban una y otra vez en una alocada lucha de pasión. Recordó cómo las manos de ella habían recorrido todo su cuerpo, nerviosas, sudorosas, sin que hubiese un ápice de sentimiento, sedientas de sexo. Sí, no había sido más que sexo, pero del bueno. No alcanzaba a comprender la razón, pero le constaba que aquella mujer necesitaba sentirse deseada, que un hombre la hiciese suya apasionadamente, sin recelos, ocupándose tan solo del simple placer carnal, de saciar su sed de pasión; así se lo habían hecho saber sus dedos y su lengua.

“Hold Me, Thrill Me, Kiss Me”, en la voz de Gloria Estefan, sonaba por los altavoces de la cafetería cuando Montoya cruzó la puerta. Disimuló una sonrisa burlona; había cierta ironía en que su adulada cubana le fuese a acompañar en aquel encargo. Por un momento la recordó con el largo vestido blanco de la portada de aquel disco en el que se la veía hermosa, muy hermosa; en verdad, a él siempre le había parecido una mujer hermosa al margen de su espléndida voz.

Avanzó unos metros y buscó con la mirada al que debía ser su “pan nuestro” de aquel día. Lo localizó sentado tras una mesa apartada en una esquina del local, echándose a la boca el penúltimo cigarrillo que le quedaba. Caminó hacia él con paso lento y firme. La última pareja de clientes que quedaba en la cafetería salían cogidos por la cintura, acaramelados, besándose a cada paso; les dedicó una mirada de soslayo al cruzarse con ellos.

– ¿Montoya?

Trataba de prender el cigarrillo con un mechero que no tenía gas, cuando él llegó a su altura. El hombre levantó la mirada. Montoya le tendía su encendedor de plata ofreciéndole fuego. El hombre aceptó. Después, fue cuando le interrogó para asegurarse de que él, un tipo vestido con una gabardina gris, era con quien se había citado en aquella cafetería.

–Sí, yo soy.

Respondió y se sentó frente a aquel hombre mientras alargaba el brazo para coger la cajetilla de tabaco que había sobre la mesa. Se echó a los labios el último cigarrillo y, sin articular palabra, le dio fuego y echó la primera calada. Silencio. Otra calada. Observó por el rabillo del ojo cómo uno de los camareros barría el suelo al otro lado de la barra. Entonces, el hombre volvió a hablar.

–Supongo que me traerá lo acordado –el tono de su voz resultaba desagradable.

–Sí, claro. ¿Trae usted lo suyo? –respondió Montoya mecánicamente.

– ¡Qué coño lo mío! Yo ya he dado mi parte. Ahora son ustedes los que tienen que cumplir –respondió enojado.

No tenía ni la más remota idea de lo que estaban hablando. Se limitaba a seguirle la corriente a fin de ganar tiempo. Al menos, hasta encontrar el momento apropiado. Fue al cruzar un par de miradas cuando se fijó en la expresión de sus ojos –Montoya creía que aquella era el reflejo de la persona, que no dejaba lugar a engaño–; se le antojó de “peligroso cabrón”.

–Bueno, joder. ¿Dónde está el material? Son las doce de la noche y quiero irme a dormir –el hombre parecía impacientarse.

–En el coche...

Respondió Montoya a modo de excusa, pues no acababa de encontrar el momento adecuado para rematar la faena. Fue entonces cuando vio cómo el camarero dejaba la escoba y desaparecía tras la puerta del almacén dejándolos solos. En pocos minutos,

aquel hombre se había tornado en insoportable y no dejaba de exigirle entre insultos una “mercancía”. Aquellos modos le molestaban sobremanera.

Echó una última calada y se puso en pie, lentamente. El cuerpo completamente erguido, clavó sus ojos sobre aquel hombre en la que sería la última vez: parecía desconcertado, no alcanzaba a comprender por qué aquel tipo de la gabardina gris, sin mediar palabra, se había levantado de su silla y le miraba fijamente. Entonces se llevó la mano a debajo de la gabardina y, como si de un autómatas se tratase, sacó su “pepita” y le encañonó. No medió apenas un segundo. Con la misma frialdad que ejecutaba cada uno de sus movimientos, le descerrajó dos tiros: uno entre ceja y ceja y otro al corazón. Eran dos balas certeras, amortiguadas por el silenciador, que zanjaban el encargo de una forma rápida y limpia. Su firma. La rúbrica de Ricardo Sánchez Montoya; Cardo para los conocidos que no amigos.

Media hora más tarde caminaba por el muelle deportivo a un metro de la barandilla, con paso lento, saboreando cada calada de su Lucky Strike. No alcanzaba a comprender la razón pero, después de un encargo, le gustaba dar un largo paseo, lloviese, hiciese frío o calor; era algo que había empezado a practicar desde su regreso a aquella ciudad. Quizás se trataba de una forma como otra cualquiera de aplacar su conciencia, la misma contra la que llevaba un tiempo batallando, entregado en una guerra sin cuartel por su supervivencia; acallar los remordimientos que de un tiempo a aquella parte le asaltaban sin previo aviso, resultaba algo necesario para poder seguir viviendo su día a día.

Se detuvo. En la acera de enfrente estaba “El Bámbara”, un pub por el que le gustaba dejarse caer. Era jueves, y los jueves solía estar bastante concurrido; no lo suficiente como para repelerlo, pero sí lo justo como para que le resultase agradable pasar allí un buen rato.

Pidió un Gintonic. Vaso en mano, se volvió y apoyó los riñones contra la barra. Bebió un sorbo. Por las noches le gustaba alternar el Gintonic y el Bacardí con Coca-cola; por el día prefería cerveza rubia nacional.

Sería la una de la madrugada. Se entretenía viendo cómo los treintañeros que copaban el pub bailaban al ritmo de la música que los altavoces vomitaban a gran volumen, cuando se fijó en ella. Bailaba con un grupito de amigas. Melena ondulada caoba; de tinte, por supuesto. Botas negras de tacón de aguja. Falda marrón, ajustada a sus caderas, hasta la mitad del muslo. Sus amigas se percataron de que él no le quitaba ojo y comenzaron a cuchichear. Empezaron las risitas cómplices y los comentarios al

oído; parecían querer azuzar a la de la melena caoba, de la que él era incapaz de apartar la mirada. Tendrían unos treinta y cinco, pero se comportaban como unas colegialas nerviosas ante la mirada de un chico. Quizás otro, en su lugar, hubiese apurado el Gintonic y se hubiese acercado al grupito –fuera como fuere, de alguna manera había llamado su atención, así que el primer paso estaba dado–; sin embargo, él no. Se quedó arrimado a la barra, conformándose con mirar.

Ella recogía su abrigo y salían a la calle; eran pasadas las cuatro de la mañana. ¿Cómo había sucedido? Al final había sido la mujer quien se había acercado a él. ¿Por qué? No alcanzaba a adivinarlo. Era posible suponer que aquel cincuentón de aspecto desaliñado y mirada triste debió resultarle un tanto misterioso, lo suficiente como para querer intentar con él algún tipo de acercamiento.

Le bastó su saludo y cruzar con ella un par de frases para percatarse de que había bebido; no mucho, lo suficiente para desinhibirse; en cierto modo, de no ser así, seguramente jamás se hubiese atrevido a acercársele. Entablaron una conversación insustancial, propia de quien pretende obtener simplemente la atención del otro. Él llegó a pensar que se trataba de una apuesta –no era tan atractivo como para arrimarse a una barra y que las mujeres se acercasen a él–, pero en el momento en que ella rozó involuntariamente la culata de su “pepita” –oculta bajo la gabardina–, y no se marchó, llegó a la conclusión de que aquel flirteo iba en serio. Incluso, por un momento, intuyó que el saberle armado debía ser algo que le hacía más atractivo a sus ojos.

Nada de todo aquello entraba dentro de lo razonable, pero a él tampoco le importó. Para él, el culo de aquella mujer caoba, que pudo acariciar mientras charlaban, era motivo suficiente para irse con ella, así que le siguió el juego y dejó que la conversación fuese discurriendo entre banalidades hasta que ella le dijo aquello de: « Buf. Necesito tomar un poco el fresco. ¿Te vienes?», que era una clara invitación a salir del pub en busca de intimidad.

No lo dudó un segundo. La tomó por la cintura y salieron del local. Ya en la calle, caminaban mientras ella seguía hablando y tonteando: tócame y te toco, rózame y te rozo.

Cruzaron los Jardines de la Reina y enfilaron por una de las estrechas calles que llevaban a lo que se conocía como “Ruta de los Vinos”, una zona de copas en la parte vieja de la ciudad. Fue allí donde él se hartó. La agarró con fuerza por la cadera y la llevó hacia un portal en donde la besó. Por un momento ella pareció resistirse, e incluso llegó a separar sus labios. Hubo unos instantes de tensión en los que sus miradas se

cruzaron. Entonces ella le besó y él pudo sentir su lengua dentro de la boca. Le faltó tiempo para cogerla con fuerza por el culo y apretarla contra él.

Estuvieron un tiempo en aquel portal magreándose, hasta que la pasión hizo que sus cuerpos ardiesen. Fue entonces cuando ella le susurró al oído: «Vivo aquí mismo».

Sentado en el borde de la cama, observó que sobre la cómoda había una foto de la mujer junto a un hombre y un niño. ¿Casada y con hijo? Seguramente, pensó. Volvió a mirarla. Era hermosa; tanto como aquella ondulada melena caoba.

Iluminado por la tenue luz que entraba por la ventana, buscó su ropa, esparcida por la habitación, y, con sumo sigilo, se vistió. Un traje de hombre perfectamente colocado sobre un galán, en una esquina del cuarto, acabó por confirmarle que estaba casada. La foto, el galán, eran detalles de los que no se había percatado en el fragor de la pasión.

La miró una vez más. Lo cierto era que no alcanzaba a comprender la necesidad que podía tener una mujer como aquella de follar con un tipo como él. Decidió irse. Sin más. Desaparecer de su vida de la misma forma que había aparecido. Seguramente ella, cuando se despertase, preferiría olvidar aquella noche; seguramente no le gustaría verle a su lado; seguramente, con la resaca martillando su cabeza y el calentón sofocado, llegarían los remordimientos. Era mejor que no él estuviese allí, por eso le dedicó una última mirada y se fue.

Cuando salió del portal alzó los cuellos de la gabardina para protegerse del frío, pero poco se podía hacer contra aquella humedad que le corroía los huesos. Hacía unos días que una ola glacial tenía sumida a la ciudad en el frío y la lluvia, y aún faltaba una semana para que entrase oficialmente el invierno. Por un momento se arrepintió de haber abandonado el calor de la cama de aquella mujer caoba.

Miró a uno y otro lado de la calle. Tres o cuatro personas que, arropadas con sus abrigos, caminaban con paso apresurado. Enfiló acera arriba, en dirección a su casa. Tomó un atajo por una de las calles más estrechas y peor iluminadas de la ciudad; resultaba irónico que estuviese en el puro centro. Cruzó la plaza Mayor, y subió por la empedrada rampa que llevaba hasta el edificio en el que vivía, en el viejo barrio de Cimadevilla. A su izquierda quedaba el muelle deportivo, el que en otro tiempo había sido de pescadores, y tras él, el reloj de la Torre marcaba casi las siete.

Caminó por las estrechas y empinadas callejuelas de aquel barrio de viejos edificios, unos remodelados, otros con sus fachadas carcomidas por el salitre cuyo olor

se palpaba en el aire. Hacía unos años que muchos de aquellos bajos, que ahora eran sidrerías, habían sido locales de ambiente o antros de putas; él aún guardaba recuerdo de aquello, de un tiempo pasado mejor.

Cuando abrió la puerta Limberg salió a recibirle. Siempre lo hacía. Le acarició las orejas y dejó que le lamiese la mano; era la forma de expresar su alegría por volver a verle. En ocasiones se preguntaba qué sería de aquel viejo pastor alemán si algún día no regresaba a casa. Lo más seguro era que el hedor de su cuerpo descomponiéndose acabase por alertar a los vecinos.

Colgó la gabardina en una percha con forma de dos cabezas de caballo que tenía en el vestíbulo, tras la puerta de entrada, y fue hacia la cocina. En casa hacía tanto o más frío que afuera. La caldera llevaba un tiempo averiada y aún no había llamado al técnico; se prometió hacerlo aquel mismo día. Se abrigó con un albornoz verde que tenía sobre una de las sillas, y abrió el frigorífico. No había más que una lata de comida para perros, que Limberg acabó devorando, y unas rodajas de mortadela, con las que se hizo un bocadillo.

Con la última cerveza en la mano, se desplomó sobre uno de los sofás del salón y conectó el televisor. No emitían nada interesante, pero la pereza, tan presente en su quehacer diario, le impidió levantarse y poner alguna película en aquel viejo reproductor VHS que aún conservaba. Setenta mil pesetas le había costado; el recuerdo le hizo esbozar una sonrisa nostálgica.

Miró a su alrededor. Todo estaba sucio y desordenado. « ¡Joder! », exclamó al ver que Limberg había vuelto a cagar sobre la alfombra. Se volvió hacia el perro y le reprendió. El viejo pastor bajó las orejas y gimió. Poco duró la regañina; Montoya era consciente de que él tenía bastante parte de culpa, pues hacía algo más de día y medio que no lo sacaba a pasear, y no podía esperar que el viejo pastor cagase en la taza del váter. Limberg soltó un agudo ladrido y se sentó a su lado sobre el sofá.

2.

Eran pasadas la una de la madrugada cuando el inspector Arango entró en aquella cafetería de un barrio periférico de la ciudad. La zona estaba perfectamente acordonada, como mandaba el procedimiento. El juez Fidalgo, de pie junto al cadáver, hablaba con dos agentes de uniforme. Arango caminó hacia él. Le acompañaba Suárez, su ayudante, siempre libreta en mano para apuntar todo aquello que le resultase relevante y lo que el inspector le indicase. Al llegar a la altura de Fidalgo, dedicó una mirada de soslayo hacia el suelo: el cuerpo estaba cubierto por la protocolaria sábana.

Arango cruzó una mirada con el juez que, con un leve movimiento de cabeza, le dio permiso para que echase un vistazo al cadáver. El inspector se situó en cuclillas y apartó levemente la sábana. Dos tiros: uno de lleno al corazón y otro en la cabeza, a la altura del entrecejo. Dos balas mortales. En lo que llevaba destinado en aquella ciudad, era la tercera vez que veía aquel modus operandi. Sin duda sabía que se trataba de la firma de un sicario.

– ¿Ajuste de cuentas? –preguntó el inspector mientras se reincorporaba.

–Seguramente –le respondió uno de los agentes–. Se trata de Rubén Echevarría. Un camello relacionado con la trama de “El Estanquero”. Lo teníamos fichado. Parece ser que se ha querido pasar de listo.

Arango recapacitó en silencio durante unos segundos, mientras observaba cómo Suárez tomaba notas en aquella libreta; la velocidad a la que lo hacía era algo que podía llegar a resultar estresante.

Volvió a mirar hacia el cadáver y emitió un suave resoplido de resignación. Se trataba de un profesional. Y no de uno cualquiera, sino de uno muy bueno, pues había que serlo para entrar en una cafetería, acercarse a su víctima sin levantar sospechas, esperar el momento oportuno, y descerrajarle dos tiros certeros y letales. Podía parecer fácil, pero no lo era; en absoluto lo era. En los años que llevaba en homicidios, nunca antes había visto un trabajo tan profesional. No hasta que llegó a aquella ciudad.

– ¿Tenemos algo? –preguntó al fin.

–Poco, o mejor, nada. Uno de los camareros cree haber visto al asesino, pero no es capaz de describirlo –le respondió el agente.

– ¿Qué tal está Begoña?

Fidalgo les interrumpía para preguntarle por su mujer. El juez y su esposa habían sido sus primeros amigos al llegar a aquella ciudad, y quienes les habían apoyado en su

adaptación; trasladarse a un nuevo lugar, en el que no se tienen conocidos y en el que todo resulta ajeno, puede llegar a resultar, cuanto menos, desalentador y frustrante. Máxime en su caso: de Madrid a Gijón suponía un drástico cambio al que Begoña, su mujer, no se acababa de acostumbrar incluso habiendo transcurrido un año.

–Bueno. Ahí está –le respondió Arango–. Hoy salió con un par de amigas.

– ¿Y Marcos?

–Bien –Arango sonrió; era lo que tenía oír el nombre de su hijo de siete años–. Hoy se quedó a dormir en casa de un amigo. Para que su madre pudiese salir.

El inspector se acercó hasta la barra en donde, sentados en sendos taburetes, estaban los dos camareros que atendían la cafetería. El furgón fúnebre acababa de llegar. Fidalgo firmaría el levantamiento del cadáver y se lo llevarían de allí. Arango parecía no querer resignarse a regresar a comisaría con las manos vacías.

– Buenas noches, soy el inspector Arango –se presentó a la par que mostraba su placa. Era el protocolo.

Uno de los camareros señaló hacia su compañero; aquel era al que el inspector debía dirigir sus preguntas.

– ¿Cómo ocurrió todo?

– Estábamos a punto de cerrar. En esto entró un hombre y se fue hacia la mesa donde estaba sentado ese otro –señaló hacia el cuerpo. Dos empleados de la funeraria lo estaban introduciendo en un saco–. Después fui al almacén. Cuando regresé me encontré a ese hombre muerto. El otro ya no estaba.

– ¿No recuerda cómo era? ¿Algo de él?

– Poco. No sé... Alto, sobre un metro ochenta. Unos cincuenta. Pelo castaño...

– ¿Complexión?

– Normal.

– ¿Algún rasgo característico? ¿En la cara? ¿En el pelo? ¿Algo...?

– No, nada –recapacitó unos segundos–. Vestía una vieja gabardina gris –apostilló como si considerase importante aquel dato.

“Vestía una vieja gabardina gris”. Ya había oído aquello en una ocasión anterior, con el mismo modus operandi: los dos tiros. Era posible que fuese una pista, pero no podía dedicarse a detener a todos los hombres de cincuenta que vistiesen una gabardina gris en pleno Diciembre.

Suárez lo apuntó todo en su cuaderno. El inspector, en ocasiones, creía que lo hacía para justificar su sueldo, pues hasta el momento no tenían nada relevante que

mereciese la pena anotar, salvo que no era la primera vez que estaban en el lugar de un crimen perpetrado por aquel sicario.

Arango agradeció al camarero la colaboración prestada y se dispuso a salir de la cafetería; no había nada más que hacer. Caminó hacia la puerta acompañado por su ayudante y el juez. Fuera, los operarios de la funeraria cargaban el cadáver en el furgón. De frente al forense. Un trámite más, pues no era necesario ser médico para saber cuál había sido la causa de la muerte. El inspector apartó este pensamiento de su cabeza, a fin de cuentas, no era de su incumbencia.

– Fidalgo, hablamos, ¿de acuerdo? Tenemos que quedar un día. A ver si para este fin de semana o el otro a más tardar –Arango se despedía del juez.

– Vale. Cuando queráis –le respondió amablemente el magistrado y se alejó caminando.

Suárez esperaba dentro del coche. El inspector se sentó al volante y le dedicó un gesto de resignación: aún quedaba mucha noche por delante para agotar el turno, y sobre su mesa esperaban más expedientes de los que nunca hubiese imaginado cuando solicitó el traslado a aquella ciudad.

Su matrimonio naufragaba debido a su excesiva dedicación al trabajo, o al menos, así se lo confirmó el asesor matrimonial al que Begoña, su mujer, se empecinó en acudir. Al principio lo achacó al hecho de que ejerciese en Madrid, una ciudad quizás demasiado grande, con demasiados expedientes sin resolver que se acumulaban sin remedio sobre su mesa. Esta fue la razón por la que decidió solicitar un destino más tranquilo. Gijón era una ciudad costera, con doscientos setenta mil habitantes; supuso que en un lugar así el trabajo no acabaría absorbiendo su vida familiar. Se equivocó.

En realidad no eran los casos, los expedientes, los turnos, o cualquier otro motivo directamente achacable a su oficio; era su propia personalidad. El inspector Arango tendía a obsesionarse con cada asunto que caía en sus manos. El de aquel sicario de la gabardina gris hacía un par de meses que rondaba por su cabeza, sin tregua, absorbiendo su pensamiento de una forma subliminal, y haciéndole descuidar su vida privada; esta dejaba de existir en el momento en que la obsesión se adueñaba de él. Y a la postre, Gijón se había convertido en el epicentro de una guerra entre narcos.

En los últimos meses, incidentes relacionados con el narcotráfico no dejaban de sucederse en la ciudad, y se extendían por toda la provincia. Los asesinatos por ajustes de cuentas ocurrían a un ritmo inusual. Los de la unidad de narcóticos le habían explicado que el trasfondo de todo aquello era una guerra entre dos narcos: Da Silva y

Antonio Arias. El primero era un narco gallego de origen portugués, y el segundo, al que apodaban “El Estanquero”, hacía años que estaba afincado en aquella ciudad. Al parecer, el enfrentamiento tenía como causa hacerse con el dominio de la zona dejada por “El Calvo”, recientemente fallecido.

Arango pasó la noche en comisaría, y no llegaría a su casa hasta pasadas las dos de la tarde del día siguiente.

Dejó su abrigo en la percha del vestíbulo y fue hacia la cocina, donde Begoña se afanaba en preparar la comida. No era buena cocinera, no al menos como su madre, pero le ponía interés. Se acercó a ella y la besó en los labios de una forma mecánica, insulsa incluso, mientras le acariciaba suavemente su ondulada melena caoba. Hacía un par de meses que ella había decidido teñirse el pelo de aquel color, y a él le gustaba, aunque nunca se lo hubiese dicho; su mente solía estar demasiado ocupada como para detenerse en atenciones de aquel tipo. Cansado, acabó desplomándose sobre una de las sillas al pie de la mesa.

– ¿Qué tal anoche con tus amigas? –le preguntó a modo cumplidor.

– Bien. Estuvimos tomando algo hasta las tres de la mañana –le respondió ella. Su voz parecía querer ocultar algo.

– Me alegro. Está bien eso de que tengas con quien salir. ¿Me das un vaso de agua, por favor? –Arango trasladaba sus formas educadas incluso a lo más cotidiano de su vida.

– Sí, claro –su tono no resultaba convincente–. Y tú, ¿qué tal la noche?

– Difícil. Otro muerto más. En una cafetería de las afueras. Un ajuste de cuentas –respondió Arango sin interés.

Begoña se aproximó a su marido, dejó el vaso de agua sobre la mesa y se sentó sobre sus rodillas. Se mostraba cariñosa, como si tratase de buscar un acercamiento. Después, le acarició el pelo y le dio un suave beso en la mejilla. Arango intuyó que ocurría algo –la notaba extraña–, pero estaba demasiado cansado como pararse a hacer ningún tipo de cábala.

– ¿Se sabe algo? Quién ha podido ser, los motivos... Algo... –en su afán por conseguir las caricias de su marido, Begoña fingía interés por saber de su trabajo a la par que no dejaba de hacerle arrumacos.

– Cosa de un sicario. Pero no tenemos ninguna pista. Nada concluyente – respondió Arango perezosamente; estaba demasiado cansado como para prestar atención a las insinuantes carantoñas de su mujer.

– Oye cariño –Begoña le interrumpió situándole dos dedos sobre los labios–. Marcos no vendrá hasta mañana. He hablado con la madre de su amigo y dice que quiere quedarse un día más. Le di permiso. Tenemos toda la tarde y toda la noche para nosotros. Supongo que hoy no tendrás que ir a trabajar, ¿verdad?

– No, hoy no. No tengo que volver hasta mañana a primera hora –respondió él con voz cansada–. Pero estoy agotado. Me gustaría comer y echar una siesta...

– Vale, como quieras –la respuesta de su marido dejaba una puerta abierta con la que se conformó.

Arango durmió una reparadora siesta de tres horas. Cuando despertó, lo primero que sus ojos vieron fue el galán con uno de sus trajes, recién sacado del tinte y planchado, en la misma esquina de siempre. Se desperezaba bajo las sábanas cuando Begoña salió del baño vestida con un sugerente salto de cama. Al ver a su hermosa mujer no pudo contener una sonrisa de satisfacción. Ella se introdujo con suavidad bajo las sábanas y comenzaron a besarse. Arango no recordaba cuando había sido la última vez que habían hecho el amor.

Llevarían diez minutos sumidos en un juego de cariñosas caricias y sensuales besos cuando comenzó a sonar el teléfono móvil del inspector, sobre la cómoda, junto a la fotografía de ambos con su hijo. Begoña trató de retenerlo entre sus brazos, de que no atendiese a la llamada, pero Arango insistió en salir de la cama y responder; sabía que era de la comisaría e intuía que sería algo urgente. El inspector descolgó y escuchó el recado mientras su mujer, resignada, se sentaba sobre el colchón, los brazos en cruz y la espalda contra el cabecero.

–Tengo que irme –le dijo el inspector tras colgar.

–Julio, por favor, no. Ven aquí conmigo... –suplicó Begoña contrariada.

–Lo siento, Bego, tengo que irme. Han matado a tres hombres –insistió Arango mientras vestía la camisa.

– ¡Por Dios! ¿No puede ir otro? Me dijiste que no tenías que ir hasta mañana – protestó ella dejando entrever cierta desesperación.

– No. Lo siento. Tengo que ser yo. El trabajo es el trabajo.

El inspector Arango fue tajante en su respuesta. Acabó de vestirse, dio un beso a su mujer en los labios como despedida, y salió de la habitación.

Begoña se preguntaba en qué momento de su vida aquel hombre había dejado de ser marido para ser únicamente inspector de policía. Frustrada, triste y enfadada, se cuestionaba si todo aquel sacrificio de irse a vivir a aquella ciudad, abandonando su Madrid natal, en realidad habría servido para algo.

3.

Limberg corría feliz por la arena de un lado para otro bajo la atenta mirada de su amo. A Montoya le gustaba pasear por la playa, por eso aquella mañana, aún a pesar del frío, había decidido acercarse hasta San Lorenzo, donde la marea baja les permitía caminar por la arena.

El pastor alemán dejó la pequeña pelota entre los pies de su amo, que la recogió del suelo y se la volvió a lanzar. Al perro le gustaba aquel juego. Montoya esbozó una sonrisa triste y se sentó sobre la arena. Sacó una cajetilla de tabaco de uno de los bolsillos interiores de su gabardina y se echó a los labios un cigarrillo. Ayudándose con la palma de su mano para cubrir la llama de la brisa del nordeste, logró prender el cigarrillo y echar una primera calada.

Reflexionaba, la vista fija en el horizonte, donde el mar se confundía con el cielo gris, cuando una conocida voz de hombre le asaltó por la espalda.

–Al final tus costumbres te acabarán matando, Cardo.

–Más valdrá que le maten a uno por hacer siempre lo mismo, que no tener que maldecir la suerte de que te encuentren después de vivir en el desasosiego tratando de evitar que te maten. Todos algún día tendremos que morir –le respondió Montoya y se reincorporó–. Hola, Tini. ¿Qué tal?

–Bien, ¿y tú?

Tini era un colega de profesión y el único en quien Montoya confiaba. El sicario de la gabardina gris acostumbraba a trabajar solo, pero aquel regordete de mirada tristona era el único con el que ocasionalmente hacía una excepción. Montoya le debía un par de favores, y anteriores colaboraciones avalaban aquella confianza profesional.

Limberg se aproximó al recién llegado, dejó la pelota sobre la arena y comenzó a olisquearle nervioso los pantalones. Montoya le tranquilizó acariciándole con los dedos entre las orejas. Después, recogió del suelo la pequeña pelota y se la volvió a lanzar; el pastor alemán salió corriendo tras ella.

–Bien. ¿Qué haces por aquí? –le respondió Montoya y echó una calada a su cigarrillo.

–Buscarte –Montoya frunció el ceño; aquellas palabras requerían de una explicación–. ¿Qué tal si damos una paseo y te cuento? Hace buena mañana.

–Me parece bien.

Echaron a andar con paso lento hacia la escalera que subía hasta el paseo de la playa, conocido como “muro de San Lorenzo”. Limberg les seguía un par de metros por detrás, la pelota entre sus dientes.

–Me ha surgido un encargo y quería localizarte –le comenzó a explicar Tini, las manos en los bolsillos de su abrigo.

– ¿Y cómo es que no has usado el cauce habitual?

Montoya no era amigo de hacer excepciones a las reglas establecidas; representaban un seguro de vida, y era la forma de evitar desagradables sorpresas. Sabía que Tini no solía saltárselas a menos que fuese por un motivo de fuerza mayor –supuso que aquel lo sería–, pero aún así quería oír de su boca las razones que le habían empujado a hacerlo.

–No había tiempo. La cita es para esta misma mañana –Tini caminaba ligeramente encorvado hacia adelante, la mirada fija en la punta de sus zapatos de piel. Reflexionó un par de segundos. Comprendió que no estaba siendo muy claro en sus explicaciones–. Verás, me he citado con unos tipos en el Alto de la Providencia, en la explanada de la capilla, a las doce. Es para un trabajo múltiple. Me dijeron que llevase a alguien más y pensé en ti. Ya sabes que sé que te gusta pasear por la playa a primera hora de la mañana. Probé a encontrarte.

– ¿Por qué tanta prisa? –Montoya desconfiaba.

–Bueno, a veces urge... Supongo que este será uno de esos casos –Tini no parecía muy convencido de sus propias palabras.

– ¿Es de fiar el encargo?

–Sí –respondió su colega tras recapacitar unos instantes.

–Con eso me vale.

Tini se detuvo y se volvió hacia él. Sonrió satisfecho.

–Recógeme a eso de las once y media. Te esperaré delante de la antigua Pescadería Municipal –le dijo y se alejó caminando.

Montoya le observó un tiempo. Después, le hizo una seña a Limberg con la cabeza y echó a andar en la dirección contraria, hacia la Iglesia de San Pedro. El viejo pastor le siguió. Regresaban a casa.

Había vivido tiempos mejores, cierto, tanto en lo personal como en lo profesional, pero su actual forma de transcurrir por la vida nada tenía que ver con su capacidad económica por mucho que esta no gozase de una extraordinaria salud. Tiempo atrás había ganado mucho dinero; el oficio de sicario estaba bien pagado y él estaba

reconocido como uno de los mejores asesinos a sueldo del país. Sin embargo, igual que lo ganaba lo gastaba. Alcohol, prostitutas y cocaína lapidaron parte de sus ganancias. Después vino el póker; aún conservaba una importante deuda con un capo italiano.

Aún así llevaba una vida austera no por obligación, sino por elección. Él había optado por vivir de aquella manera —en un viejo piso de alquiler, sin lujos, con la única compañía de su viejo perro, anclado en el pasado—, porque era una forma de pasar desapercibido.

Había regresado a Gijón, su ciudad de origen en donde todo comenzó, porque sintió que su vida había tocado fondo, que aquello sobre lo un día se sostuvo, si es que algún día había existido algo que la justificase, había desaparecido sumiéndole en el vacío que regía el absurdo de su existencia. Quizás, inconscientemente, se había percatado de esto: que su vida se sustentaba sobre un absurdo.

Dos años llevaba oculto en aquella ciudad, lamiendo sus heridas y aceptando encargos esporádicos, sencillos, que le permitiesen sobrevivir aún cuando la carga de su ejecución cada día pesaba más sobre su conciencia. Sentía que quería morir y, sin embargo, se resignaba a seguir arrastrándose por la vida como alma en pena. Era un espectro que vagaba por las calles de Gijón, acompañado por su perro, ajeno a todo y sin atraer la atención de nadie.

La voz grave del sicario recorrió el pasillo de la casa y llegó hasta el salón, donde el pastor alemán dormitaba frente al televisor encendido; los tacos proferidos por su amo desde el baño le asustaron. Montoya había olvidado que su caldera estaba estropeada y había estado a punto de congelarse bajo el chorro de la ducha. Se prometió a sí mismo que no pasaría de aquel mismo día: llamaría al técnico. Se arrojó un poco de agua a la cara y salió del baño.

Se preparó un café bien cargado y, taza en mano, fue hacia la ventana de la cocina. Nubes grises en el cielo avisaban: la tregua que el temporal parecía haberles dado aquella mañana estaba a punto de terminar; era cuestión de poco tiempo que volviese a llover.

Tomó un sorbo del café y bajó la vista hacia la calle. Nadie transitaba por ella. El barrio únicamente cobraba vida los fines de semana, a partir de las siete de la tarde. Entonces sus calles solían convertirse en un hervidero de jóvenes que iban de una sidrería a otra, haciendo una ruta de sidras y patatas bravas previa a la visita nocturna de pubs. Bebió otro sorbo de café y esbozó un gesto de resignación. Después, miró su reloj de pulsera, un Casio digital: faltaba poco para la hora de su cita con Tini.

Accionó al máximo el estárter y pisó a fondo el acelerador. Giró la llave en el contacto. El viejo SEAT 124 se resentía del frío, tanto, que no era capaz de arrancar. Al cuarto o quinto intento, a punto de inundar los cilindros, con un fuerte estruendo y una humareda negra, se puso en marcha. Montoya accionó el intermitente y salió a la calzada.

Tini esperaba bajo los arcos del edificio de la antigua Pescadería Municipal, reconvertida en edificio administrativo del ayuntamiento. Montoya no profesaba por él ningún especial aprecio más allá de su relación profesional, en la que lo consideraba de fiar, lo cual era más de lo que podía esperar de cualquiera. Entre sicarios no existían pactos de relación que estipulasen que el otro nunca iba a aceptar el encargo de liquidar a su colega. Sin embargo, el sicario de la gabardina gris sabía que entre Tini y él existía un acuerdo tácito nunca pactado por el cual ninguno de los dos aceptaría el encargo de eliminar al otro.

Nunca hablaban de temas personales, sino tan solo de trabajo o relacionado con el mismo. Nada sabían el uno del otro de sus vidas privadas –más que alguna costumbre como la que Cardo tenía de pasear por la playa–, y su relación se limitaba simplemente a cumplir el encargo. Una vez ejecutado este, cada uno se iba por su lado.

– ¿Llevas mucho esperando? –le preguntó Montoya cuando se subió al coche.

–No –Tini se ajustó el cinturón–. Vamos, no nos sobra mucho tiempo...

En Tini únicamente había un detalle que a Montoya no le gustaba; o mejor, que le inquietaba: su dichosa pupila. Sabía que aquello acabaría por costarle la vida a su colega; lo que nunca hubiese llegado a imaginar era de qué manera. Montoya tenía claro que cuando un sicario se disponía a sacar su arma y zanjar el asunto nada podía delatarlo, no podía existir ningún movimiento extraño que diese pie a la víctima para sospechar; el factor sorpresa debía jugar a su favor; era un as en la manga que no se podía desaprovechar. La pupila de Tini se agrandaba considerablemente cuando llegaba el momento de sacar el revólver, como si en el fondo al regordete le fallase la templanza. Esto era lo que inquietaba sobremanera a Montoya.

El regordete sicario sacó del bolsillo de su abrigo un pequeño puro y lo encendió sirviéndose del mechero del coche. Bastaron un par de caladas para inundar todo el interior con el olor del Farias. Montoya retorció la nariz; le desagradaba aquel olor, pero no se lo hizo notar; solía soportar estoicamente el hábito de su colega.

Rompió a llover. Al llegar al alto de La Providencia llovía a cántaros. El frente gélido de aquellos días traía granizo entre el agua. Montoya detuvo el coche en la

explanada que servía de aparcamiento a la capilla. Hacía unos cuantos meses que no iba por allí, desde que había tenido que dar pasaporte a un tipo cerca del acantilado; aquel había sido su penúltimo trabajo.

–Está la cosa revuelta, Cardo –le dijo Tini y echó una calada a su cigarro.

– ¿Y eso? –le interrogó Montoya sin apenas mostrar interés.

– Da Silva y Arias. ¿No te has enterado?

– Algo he oído de que andan a la gresca por la zona que dejó “El Calvo”.

–Va a haber guerra. Supongo que tendremos trabajo.

– No sé, no me gustaría verme en medio de un fuego cruzado –le confesó en un tono de voz que dejaba entrever cierto recelo.

Montoya echó un vistazo a su Casio: aún faltaban diez minutos para la hora acordada. Conectó la radio del coche, un viejo radio-casete que mal sintonizaba las emisoras. Daban las noticias. La casualidad quiso que hiciesen referencia a su encargo de aquella noche: el hombre de la cafetería. Tini giró la cabeza y le miró fijamente. Montoya lo observó por el rabillo del ojo. No eran necesarias las explicaciones, su colega sabía perfectamente que él había sido el responsable de aquel “ajuste de cuentas” que el locutor acababa de relatar.

– Lo voy a dejar. Un último trabajo y desapareceré –Montoya llevaba unos meses barajando la idea de jubilarse.

– Con la cosa revuelta es una buena oportunidad para ganar dinero –le advirtió Tini un tanto sorprendido por su decisión.

– No se trata de dinero. No, ese no es el asunto...

– ¿Entonces? –el regordete sicario no alcanzaba a comprender las motivaciones de su colega.

– El oficio se está poniendo un poco raro –Montoya trataba de explicarse–. Colombianos, rusos, serbios. No tienen ningún tipo de escrúpulo ni de valor. No me gusta esa gente. El oficio ya no es el que era.

– ¿Es posible que tengas miedo? –preguntó Tini un tanto sorprendido.

– ¡Qué coño! ¡No! Mi “pepita” dispara como la de ellos –Montoya hizo una pausa, como si tomase aire o recapitase antes de seguir hablando–. Es cansancio. Estoy viejo para cierto tipo de trotes –no resultó una excusa convincente porque ni tan siquiera él la creía. No porque mintiese, sino porque su mente atormentada no era capaz de concluir qué era lo que realmente le ocurría.

Tini, un tanto desconcertado, guardó silencio. Apenas faltaban cinco minutos para la hora de la cita cuando un mal presentimiento asaltó a Montoya. Su sexto sentido, una rara capacidad para percibir el peligro, le avisaba de que había algo extraño en todo aquello. La explanada frente a la capilla de la Virgen de la Providencia se encontraba en lo alto de una colina, en las afueras de la ciudad, alejada del bullicio. No era un lugar transitado y aún menos en invierno, con el temporal de frío y lluvia. A priori no levantaba sospechas. Sin embargo, a pesar de las casas que había en las proximidades, cercadas con muros de bloques de hormigón, resultaba un lugar lo suficientemente discreto como para preparar una encerrona con una huida sencilla y rápida a través de la carretera.

Miró hacia su colega. Ajeno, fumaba en silencio el Farias mientras observaba el lugar a través de las gotas de agua que resbalaban por el parabrisas. Montoya, en un acto reflejo, sacó su pistola y comprobó el cargador. Aquello alertó a Tini, que le miró desconcertado.

– Deformación profesional. Me gusta llevar el arma cargada. De poco sirve una pistola sin balas, ¿no crees?

Montoya trataba de no alarmarle. El hecho de que él desconfiase no era motivo suficiente para sembrar la preocupación dentro del 124, pues era posible que se estuviese equivocando. Después de todo, pensaba que su colega merecía una mínima confianza.

El temporal comenzó a amainar y apenas ya llovía. Montoya no se sentía cómodo dentro del coche; necesitaba estirar las piernas. Dejó a Tini allí sentado y salió. Caminó prado a través, hacia el acantilado. Desde allí, en un día claro, las vistas de la ciudad eran algo extraordinario, pero con el día nublado apenas se vislumbraban los tejados de los edificios más altos.

Miró a uno y a otro lado. No había un alma en varios metros a la redonda. Buscó en los bolsillos de su gabardina y sacó una cajetilla de tabaco. Se echó a los labios un cigarrillo y le dio fuego. Calada. Miró el reloj por enésima vez: pasaban unos minutos de la hora acordada. Pensó que los tipos con los que Tini había quedado estarían a punto de llegar, y aquel mal presentimiento no hacía más que crecer en su interior. Sacó la pistola, le quitó el seguro y la guardó en uno de los bolsillos delanteros de su gabardina, a mano por si las cosas se torcían. Otra calada.

Un BMW negro de principios de década se detuvo en la explanada frente al 124 blanco. Salieron tres tipos. Montoya los observó mientras caminaba hacia ellos. Tini

había salido del coche y caminaba con paso confiado. Montoya ralentizó sus pasos hasta detenerse. Fue entonces cuando uno de los tipos avanzó hacia él, hasta situarse a unos diez metros.

– ¿Tini? –interrogó el que parecía ser el cabecilla.

– Soy yo. ¿Qué tenemos? –le respondió el regordete sicario. Su exceso de confianza preocupaba a Montoya.

– Un encargo múltiple. ¿Trae ayuda? –le dijo el otro.

– Yo soy la ayuda –exclamó Montoya desde su apartada posición.

Tres pares de ojos se posaron sobre él de inmediato. El que había avanzado hacia él caminó un par de pasos más mientras el otro se situaba a su lado, como si tratase de reforzarle. Montoya tuvo la impresión de que aquellos tres tipos se repartían, como piezas de ajedrez posicionándose: uno para Tini y dos para él. Sin entender la razón, supuso que él debía representarles una amenaza más seria que su colega.

– ¿De qué se trata? –insistió Tini.

– Está todo aquí, en este sobre que le voy a entregar. Aquí encontrará todo lo necesario –le respondió el cabecilla mientras avanzaba hacia él.

Montoya echó una última calada a su cigarrillo y lo arrojó al suelo. Sin dejar de mirar hacia aquellos dos trataba de formar en su mente una idea de lo que estaba ocurriendo. El cabecilla, con la excusa de guardar algo, se había llevado la mano a debajo de su chaqueta de pana, pero tardaba demasiado en volver a sacarla. Uno de los que le vigilaban, disimuladamente, buscaba algo a la altura de sus riñones, mientras el otro permanecía impasible, los brazos en cruz, sin dejar de observarle. Se habían posicionado; Montoya lo tenía claro.

Tini, confiado, esperaba a que el de la chaqueta de pana le entregase el supuesto sobre. Montoya comprendió que aquel sería quien diese la señal disparando sobre su colega. En un acto reflejo, sacó rápidamente la “pepita” y disparó sobre el cabecilla rozándole, lo suficiente para que se fuese al suelo e impedir su maniobra. Sin vacilar, de un certero disparo le reventó los sesos al que buscaba tras su espalda; ya había sacado su pistola. Tini, desconcertado, dio un traspié y cayó al asfalto. Antes de que el tercero disparase, Montoya se arrojó al suelo haciendo que el tipo errase el tiro. El sicario rodó por la hierba. Cuando se detuvo, empuñó con firmeza su pistola, apuntó y disparó dos veces sobre aquel tipo, que cayó al suelo muerto.

El cabecilla se levantaba. Montoya se reincorporó rápidamente y avanzó hacia él disparándole sin cuartel, hasta que se desplomó sin vida sobre la explanada.

– ¡Joder, Cardo! ¿Te has vuelto loco? –gritaba Tini mientras se levantaba.

Montoya no le respondió. Se limitó a ir hacia el cabecilla, que yacía a un metro de su colega, y le cacheó. Lo único que guardaba debajo de la chaqueta de pana era una Magnum 44; no había rastro de sobre alguno. Se volvió hacia Tini y le mostró el arma. El regordete sicario, aturdido, dio unos cuantos pasos hacia atrás hasta caer sentado sobre el capó del 124.

–Una encerrona. Era una encerrona –mascullaba confundido con la mirada perdida en el suelo–. Pero, ¿por qué? ¿Quién...?.

–Vámonos de aquí.

Montoya, impávido, caminaba hacia el coche mientras guardaba su pistola bajo la gabardina. Tini levantó los ojos y le observó: la templanza con la que su colega había resuelto aquella situación era algo que decía mucho de su profesionalidad; al fin y al cabo, sabía que el sicario de la gabardina gris había sido uno de los mejores del país, e incluso en algún momento, el mejor. Él tan solo había conseguido ganarse la vida de aquel modo, sin más éxito que el justo para sobrevivir.

Hacía unos doce años que conocía a Cardo. Por aquel entonces, Montoya estaba considerado como el mejor sicario del país, y nada tenía que ver con aquel asesino en horas bajas que parecía arrastrarse por la vida. Colaboró con él en varios encargos y acabó ganándose su confianza. En alguna ocasión se había cuestionado cual habría podido ser la razón para que se fiase de él, es más, que fuese el único en el que confiaba. Llegó a la conclusión de que el hecho de que él no ambicionase medrar –se limitaba a hacer su trabajo de la mejor forma posible, sin ningún tipo de pretensión–, debía ser lo que había determinado que fuese el único con el que Cardo aceptaba colaborar.

Después, Montoya desapareció durante un tiempo. Hacía un par de años que había regresado a Gijón. La noticia de su regreso, por ser quien era, tardó poco en recorrer los bajos fondos de la provincia, y los que le conocían volvieron a contactar con él. Pero Cardo ya no era el que había sido. No aceptaba todos los trabajos que le llegaban, y rehusaba de forma tajante aquellos que sospechaba podían suponerle mayores complicaciones. Parecía haber regresado a Gijón en busca de refugio, aceptando trabajar solo cuando la necesidad le obligaba, de forma esporádica y sin correr riesgos. Aunque Tini intuía todo esto, nunca se atrevió a preguntarle por la razón.

En el coche, de regreso a la ciudad, Montoya no le reprochó en ningún momento lo sucedido en el Alto de la Providencia. El sicario de la gabardina gris guardó silencio y se limitó a dejarle en el mismo sitio que le había recogido: la antigua Pescadería

Municipal. Se despidieron, salió del coche y, al pie de una de las columnas que soportaban los arcos de entrada, se limitó a observar cómo Cardo se alejaba en su SEAT 124.

Montoya vagó en su coche por las calles de la ciudad durante más de una hora. Trataba de adivinar quién podía estar detrás de la encerrona de La Providencia. A priori, habían intentado liquidarlos a los dos, pero no tenía claro que Tini fuese un objetivo, sino más bien un peón necesario. Suponía que habían utilizado a su colega para llegar hasta él, así que, quien hubiese planeado aquella encerrona sabía que Tini era el único en el que él confiaba; esto delimitaba bastante el círculo de posibles sospechosos.

Todo aquello acabaron siendo conjeturas sobre las que no fue capaz de arrojar una luz clara, y terminó por rendirse. Regresó a casa para caer derrotado sobre la cama. Su fuerza interior se apagaba lentamente, como una vela con la cera casi consumida, y el más mínimo contratiempo era capaz de someterle. Ya no era Cardo, el asesino a sueldo de antaño. De aquel solo quedaba un rastrojo que se negaba a morir con dignidad.

Había una imagen que se repetía demasiado a menudo en los últimos tiempos cuando cerraba los ojos y el sueño acababa venciénolo. La veía allí. Una mujer joven, de cabellos rubios, rostro puro y ojos azules que le sonreía. Creía oír su voz, una voz dulce que alegraba su vida y le arropaba con suma delicadeza. Era el dulce recuerdo de una madre adorada, cariñosa, que se desvivía por su pequeño. Entonces volvía a él aquel maldito suceso del pasado. El rostro dulce se tornaba en amargo. La sonrisa en llanto. La joven mujer se descomponía entre gritos mientras el asesino cuchillo se clavaba en su cuerpo una y otra vez. Fue en ese momento cuando se despertó sobresaltado, sudoroso, el corazón latiéndole desaforadamente. Se trataba del recuerdo grabado en los inocentes ojos de un niño de siete años que había presenciado cómo su padre, borracho, acababa con la vida de la persona que él más amaba.

Aquel recuerdo oprimía sin piedad el pecho de Montoya, pero nunca había sido capaz de derramar una lágrima que aplacase el dolor. Quizás sus lagrimales no tenían agua que secretar. Sonó el timbre de la puerta. Era el técnico de la caldera.

Limberg lo recibió con desconfianza; siempre lo hacía con los desconocidos. Montoya guió al técnico hasta la cocina. Al entrar, el hombre retorció la nariz; el olor a comida rancia que salía del fregadero llegaba incluso hasta el vestíbulo. La pereza, consecuencia de su vacío deambular por la vida, le había llevado a ir apilando en el fregadero los platos, cubiertos, sartenes y cacerolas de hacía algo más de una semana. El

olor que desprendían los restos de comida mugrienta era algo que podía llegar a ser vomitivo. El técnico tuvo que esforzarse para controlar las arcadas de su estómago.

Montoya echó un vistazo al reloj que tenía colgado en la pared, sobre el frigorífico. En un par de horas había quedado con don Antonio Arias para cobrar el encargo de la cafetería.

Don Antonio Arias, “El Estanquero”, en palabras de Montoya era uno de los mayores cabrones que había parido el narcotráfico, escondido tras el aspecto de abuelo entrañable, enfundado en una camisa de cuadros y un chaleco de punto. A través de un complejo entramado movía la droga por toda la zona noreste, y era el responsable de la mayor parte de las muertes relacionadas con el narcotráfico que ocurrían en la provincia.

A sus setenta años manejaba todo el negocio desde la trastienda de su estanco. Allí, entre cajas de tabaco, habilitado tras una pequeña mesa de contable, reliquia de sus tiempos de manguito, recibía y despachaba todo su negocio. Era más fácil creer que aquel jubilado se dedicase a echar pan a las palomas del parque, que adivinar en qué era lo que realmente ocupaba su tiempo.

El cobro de un encargo se llevaba a cabo por un cauce en el que primaba la discreción, y en el que cliente y sicario nunca se llegaban a ver aunque se conociesen; salvo raras excepciones. Una de aquellas era don Antonio Arias. Por suerte o por desgracia, según se quiera entender, Cardo había nacido y crecido a la sombra de “El Estanquero”, lo que les había servido para forjar cierta confianza mutua. Esto era lo que determinaba que Montoya se saltase el protocolo habitual cuando se trataba de aquel narco.

—Don Antonio... Aquí hay un señor que pregunta por usted.

—Ya lo veo Juanillo, ya lo veo. Pasa Cardo. Adelante, estás en tu casa.

Juanillo era el joven dependiente del estanco. No hacía cinco minutos que había despachado a Montoya un cartón de tabaco, y el sicario le había pedido que avisase a don Antonio de su presencia. Al principio, el joven se mostró reticente; no le conocía, y “El Estanquero” le tenía bien aleccionado en cuanto a lo que a desconocidos se refería. Montoya insistió hasta que el dependiente accedió a su petición y se fue hacia la trastienda, no sin antes insistir en que él esperase al otro lado del mostrador. Montoya hizo caso omiso a las indicaciones del joven y se coló tras él.

Como siempre, el viejo estaba sentado tras su mesa, mal iluminado por un par de fluorescentes en el techo y un flexo a su derecha. Ojeaba papeles entretanto realizaba

anotaciones en unos libros. Seguramente se trataba de algún tipo de deformación profesional, pues ocupaba gran parte de su tiempo entre números y contabilidades. Montoya se acomodó en una silla frente a él.

—Juanillo, trae una Mahou para el señor Montoya. Supongo que no dirá que no, ¿verdad?

—Ya sabe que nunca rechazo una cerveza fría —Montoya recapacitó un par de segundos—. Incluso en invierno.

—Ya. Hace un frío del carajo, ¿eh?

Montoya guardó silencio. Don Antonio sonrió y arrojó un periódico sobre la mesa. Era un ejemplar del diario local “El Comercio”. El encargo de la cafetería era portada de aquel día. Montoya le dedicó un desgano vistazo; no se vanagloriaba de su trabajo, así que no sentía ni la más mínima curiosidad de leer las noticias que generaba.

—Profesional, como siempre —comentó don Antonio. Montoya guardó silencio; no había nada que decir—. ¿Qué tal todo, Cardo?

—Vamos tirando... —respondió a modo de compromiso.

— ¿Sabes? El negocio no va bien últimamente. Ya no hay profesionalidad. Estos jóvenes de hoy en día... Uno no se puede fiar de ellos.

Juanillo dejó la botella de cerveza sobre la mesa, junto a un vaso. Después, hizo una especie de reverencia a su jefe y salió de la trastienda. Montoya dejó a un lado el vaso y se llevó la botella a los labios. Echó un largo trago. Había fumado demasiado, y el tabaco le reseca la boca.

—El otro día contraté a un chaval. Lo cierto es que apunta maneras —don Antonio seguía hablando. Cardo no le escuchaba, pero aquello no parecía importarle. “El Estanquero” abrió un cajón de la mesa y sacó un sobre—. Lo tuyo —arrojó el sobre delante de Montoya. El sicario lo guardó en el bolsillo interior de su gabardina. Sabía que no había necesidad de contarle—. Es un poco, digamos, temperamental. Necesita de alguien que le enseñe maneras. Un día de estos te lo presentaré. Me recuerda algo a ti... —siguió explicándole el narco.

—Quién sabe. Ahora me preocupa más otra cosa —le interrumpió Montoya.

— ¿Puedo ayudarte? —a don Antonio no parecía haberle molestado la interrupción—. Si está en mi mano no dudes en decírmelo.

—Hoy han intentado matarme. Me preocupa seriamente el haberme convertido en un objetivo —confesó el sicario.

—No sé a quién podrías estorbarle.

–Se dice que Da Silva y usted andan enfrentados por la zona de “El Calvo”. Espero no estar en medio de alguna trifulca ajena.

–Algo hay, Cardo, algo hay, no te voy a mentir. Pero de momento por aquí las cosas están tranquilas. Lo tengo todo controlado. El último cabo lo ataste tú anoche.

–Me dio la impresión de que alguien quiere eliminar a los sicarios de su contrincante –Montoya, alternado tragos de cerveza entre sus comentarios, no cesaba en su empeño por saber si el narco le podía estar ocultando información.

– ¡Por Dios, Cardo! –exclamó “El Estanquero” fingiendo reír–. No te tengo en nómina. Tú lo sabes. No es secreto que trabajas por libre. ¿Acaso crees que no sé que en alguna ocasión te cargaste a alguno de los míos? No te lo tengo en cuenta. Es tu trabajo. Además, en cierto modo, yo colaboré a que seas así.

–Quizás. Sólo preguntaba por si usted sabía algo.

De alguna forma, las palabras de don Antonio Arias no le resultaron del todo convincentes. Montoya intuía que el narco le ocultaba algo, que sabía más de lo que decía saber, aunque no era capaz de imaginar el que. Tuvo que conformarse con aquello. Apuró el último trago de cerveza y se despidió de “El Estanquero”.

Montoya conocía a don Antonio Arias desde sus inicios, desde los tiempos de Sanfrancisco. Como el narco había reconocido, de alguna forma él había contribuido a crear al sicario, aquel tipo amoral de sangre fría al que no le temblaba el pulso a la hora de disparar. Los consejos de Sanfrancisco le habían servido, pero cuando este murió, Cardo se refugió bajo la tutela de don Antonio hasta el día que decidió ir por libre, convertirse en autónomo. Quizás el narco entendía que Montoya debía estarle agradecido, pero el sicario de la gabardina gris sabía que en modo alguno debía estárselo, pues únicamente había sido una herramienta más de “El Estanquero”. Fuera como fuere, Montoya no sentía ningún tipo de aprecio por aquel narco, aunque tampoco le odiaba. La persona de don Antonio Arias le era indiferente.

Fuera, en la calle, prendió un cigarrillo y echó a caminar hacia su coche, estacionado unos metros más abajo en la acera de enfrente, donde estaba el parque de “Las Palmeras”, ubicado en el periférico barrio de Contrueces. Un estanco de barrio resultaba ser la tapadera perfecta para el narco, amén de todas las precauciones que tomaba para no ser descubierto o pillado infraganti por la policía. El viejo era muy escurridizo. Quizás por esto su negocio llevaba tantos años funcionando.

Arrojó el cartón de tabaco en el asiento trasero del 124 y se sentó al volante. Una calada más a su cigarrillo y otra vez retornaba a su estado de meditación. En los últimos

meses reflexionaba demasiado. Sobre su forma de vida –lo que había sido y lo que era–, su persona –si es que llegaba a tal categoría–, y ante todo, sobre su absurda existencia. Este absurdo lo compartía con Mónica, una puta que trabajaba en el “Rey Sol”.

El “Rey Sol” era un antro pequeño, oscuro y sucio, de baldosas color rojo, carcomido por el paso del tiempo, en el que no había más que cuatro mesas y unos viejos sofás con unos desaliñados cojines. Próximo al centro, años atrás había jugado en su vida un papel importante; quizás no para bien, eso dependía de cómo se mirase. A la entrada, una máquina expendedora de tabaco y tragaperras de incautos. Subiendo por unas destartaladas escaleras, en la planta superior, había un par de cuartuchos habilitados con lo justo para echar un polvo. En esa misma planta, al final del pasillo, un privado que las putas utilizaban para acicalarse o retirarse unos minutos a descansar. En otro tiempo el antro había gozado de cierto esplendor y buen ambiente, pero por aquel entonces no dejaba de ser un asqueroso cubil inundado por el olor a meada de los baños.

La decadencia del “Rey Sol” había ido pareja con la suya. El antro había vivido sus tiempos de esplendor a la par que él había vivido los suyos. Con el transcurrir de los años, al igual que él, había caído en desgracia hasta convertirse en el estercolero que era. Quizás esta era la razón del apego que sentía hacia aquel lugar. O quizás fuese que sentarse a su barra le traía buenos recuerdos, de tiempos mejores, de cuando la Lola ejercía y él iba allí con Sanfrancisco.

Recostada sobre el marco de la puerta de entrada estaba Judith. Era una puta pequeña y regordeta con una mancha roja que cubría la mitad de su cara; no sabía si era de nacimiento o por accidente, pues él nunca se lo había preguntado. Dentro, un par de putas y cuatro viejos desbraguetados que se dejaban sisar por ellas a cambio de unas desganadas caricias, arrumacos que no serían capaces de conseguir ni un atisbo de erección.

Montoya fue hacia la barra tras la que gobernaba la Lola, dueña del local, aquel día peluca rubio platino. Le pidió una Mahou y dejó que un billete se deslizase por su enorme escote mientras ella le servía la bebida. Detalles como aquel eran los que le valían tener ganada su simpatía, y ésta solía reportarle ciertos privilegios.

– ¿Puedo ver a Mónica? –le preguntó Montoya tras beber el primer sorbo de cerveza.

– Está arriba. Espera un poco. Enseguida bajará. Hermosa para ti, como siempre – le respondió la Lola lisonjera.

– ¿No te valgo yo?

Se volvió. Era Rosa, una puta que aún con tacones no le llegaba al hombro. Vestía una horrible blusa de flores malvas, dos botones desabrochados a modo de escote, y unos pantalones de cuero marrón apretados al culo, tanto, que se dejaba adivinar que no llevaba bragas. En alguna ocasión había follado con ella, si bien era cierto que bastante cargado de cervezas y tras fumar algún que otro porro. Al margen, él sabía que era una profesional ducha en explotar el placer de un polvo.

—Hoy no, Rosa. Lo siento —le respondió Montoya tratando de no ofenderla.

— ¿Y por qué no? Anda, sé lo que te gusta. Venga, seguro que lo pasamos bien.

Rosa había arrimado el culo a la bragueta de Montoya y no hacía más que rozarse de arriba abajo y de derecha a izquierda. Él sintió cómo aquello le empezaba a poner caliente, tanto, que tuvo que contenerse para no agarrarla por la cintura y apretarla contra su pene erecto.

—Hoy no tengo el cuerpo... —trataba de excusarse a la par que se reprimía.

—Pues la polla no parece estar de acuerdo con eso —le respondió la puta y empezó a acariciarle con la mano la entrepierna.

Botas negras que la hacían diez centímetros más alta. Ceñida a sus caderas, falda roja que a cada paso descubría sus largas piernas hasta la mitad del muslo. Apretado body blanco que, con gruesos trazos, perfilaba su esbelta figura y turgentes pechos. Pelo negro, estilo Cleopatra, dejando al desnudo su cuello adornado por baratijas. Mónica bajaba por las escaleras que llevaban a la planta superior.

Al verla, Montoya alejó a Rosa de él; la puta comprendió que estaba de más y se alejó refunfuñando. Cuando Mónica llegó a su altura, los ojos verdes de la prostituta le estudiaron pausadamente. Hacía un par de semanas que no se veían, y este, en unos oficios como los suyos, era demasiado tiempo. Él la miró a la cara: el azul cielo resaltaba su mirada y hacía juego con el rojo carmín de sus labios. Ella pronunció sus primeras palabras para pedir un Martini que él pagaría.

Montoya le ofreció un cigarrillo mientras ella se acomodaba en un taburete a su lado. Mónica aceptó. Él sacó su encendedor de plata y le dio fuego. Después, prendió otro para él. Montoya echó lo que se le antojó como una sabrosa calada mientras observaba cómo ella hacía juegos con el humo. A Mónica le gustaba el tabaco rubio; él creía que ella tenía buen gusto.

— ¿Cómo te va, Cardo? —le dijo al fin tras beber un sorbo del Martini que la Lola le acababa de servir.

—Sobrevivo —su respuesta, corta y tajante, dejaba adivinar su estado de ánimo.

Mónica le sonrió —era una sonrisa cómplice—, y bebió un sorbo del Martini blanco. Volvió el silencio. Se miraron. Montoya pudo sentir cómo la mirada de ella le penetraba, escudriñando cada rincón de su ser, buscando en su interior la pena que sabía tendría que calmar. Entonces, cuando creyó encontrarla, le acarició levemente la rodilla y con un gesto de la cabeza le indicó que se podían ir cuando él quisiese. Él pagó la consumición, ella apuró un trago del Martini, y salieron a la calle.

Con Mónica el sexo se elevaba a la enésima potencia de satisfacción, para acabar desplomándose sobre un colchón de sincera comprensión. Con ella el orgasmo era la culminación de un suave y lento proceso de seducción. No era un placer rápido e insulso, como ocurría con otras putas, sino un elaborado ritual de besos, caricias y roces que finalizaba con los dos yaciendo sobre la cama.

El apartamento de la prostituta era un lugar reservado para unos pocos privilegiados. El resto de sus clientes se tenían que conformar con el camastro de uno de los cuartos del “Rey Sol”. Montoya se acomodó en un sofá del pequeño salón mientras esperaba a que Mónica regresase con un par de cervezas. Entretuvo el tiempo observando a su alrededor. Nada había cambiado en aquellas dos semanas. El estante con los libros releídos de cocina, las figuras de porcelana relamidas por la gamuza, la vajilla en la que nunca debía haber comido, un montón de sobadas revistas del corazón en un revistero, y el televisor sobre un mueble bar.

—Cuéntame, Cardo. ¿Qué ha sido de ti estos días?

Le dijo mientras se acomodaba sobre sus rodillas y le acercaba una botella de cerveza. Montoya le acarició suavemente el culo; le tranquilizaba sentir su tacto y su aliento cerca de él. Después, bebió un trago de cerveza e hizo un gesto de resignación.

—Te diría que nada de particular, si no fuese porque hoy han intentado matarme.

Mónica no supo qué responder. Sabía a qué se dedicaba aquel hombre. Lo supo pocos días después de conocerle.

Cuando Cardo regresó a Gijón, tras una larga ausencia, regresó también al “Rey Sol” buscando reencontrarse con su pasado. Lo que encontró fue un antro venido a menos —aún más que cuando él se había ido—, en el que lo único que destacaba era ella, una joven prostituta que la Lola había reclutado no hacía más de quince días. Montoya nunca había entendido qué hacía una mujer como Mónica en un local como aquel.

Cardo era parco en palabras pero aquello no fue óbice para que llegase a forjar con ella cierto lazo de amistad. A Mónica le sorprendió el tipo de relación que sus compañeras Judith y Rosa tenían con aquel hombre de la gabardina gris, muy alejada de

la que tenían con el resto de clientes; profesaban por él un afecto especial. Al preguntarle a la Lola, la dueña del local le explicó quien era Ricardo Sánchez Montoya, al que todas se referían como Cardo, qué relación tenía con el “Rey Sol” y, lo que la desconcertó por completo, a qué se dedicaba. Fue en este punto cuando la Lola le advirtió de que aquello, como podría suponer, era algo confidencial que nadie más debía saber.

Mónica en un principio se asustó y miraba a Cardo con recelo cada vez que se dejaba caer por el local. Sin embargo, aquel temor fue desapareciendo a medida que iba conociéndole, hasta el punto de llegar a convertirse en su confidente. Con el tiempo acabaron por percatarse de que ambos compartían un absurdo que, de alguna forma, definía su existencia. Este absurdo era lo que daba sentido a la relación que había entre ellos.

—Es algo que va en mi oficio y no es la primera vez, pero no me gusta una mierda —le empezó a explicar Montoya con voz quebrada por la preocupación—. Hace mucho tiempo que no me pasa algo así. Y las otras veces sabía quien andaba detrás. Ahora no tengo ni puta idea quien puede ser —bebió un sorbo de cerveza y siguió hablando. Ella se limitaba a escucharle en silencio—. Me jode ser un objetivo. Aunque, si lo piensas, no implica otra cosa que andarse con pies de plomo. No sé. Quizás me esté haciendo viejo, pero esta vez estoy algo más nervioso...

Mónica le interrumpió con un suave beso en los labios. La prostituta había entendido que él necesitaba relajarse y ella sabía cómo lograrlo.

Montoya sintió la punta de la lengua de la mujer colándose dentro de su oído, haciéndole disfrutar con cada movimiento. Entonces ella se reincorporó, le abrió las piernas y se acercó a él rozándole con todo su cuerpo. Las manos del sicario acariciaban el culo de la puta por encima de la falda. El roce invitaba a perderse en la lujuria, pero ella sabía mantenerla a raya. Montoya sentía la apasionada respiración de la mujer mientras ella recorría su cuello con los labios.

Poco después la tumbaba suavemente sobre la cama. Como si de un ritual se tratase, le quitó las botas y deslizó los dedos por sus largas piernas, hasta colarse por debajo de la falda. Poco a poco se fueron desnudando entre besos y caricias. Montoya admiraba la belleza desnuda de Mónica sin alcanzar a comprender cómo podía conservarla.

Una hora más tarde, la música de “Los Rodríguez” llegaba desde el baño entremezclada con el ruido de la ducha. Montoya, ya más relajado, arropado por las

perfumadas sábanas de la cama de la puta, saboreaba uno de sus cigarrillos mientras observaba a su alrededor. Mónica tenía el cuarto repleto de peluches. Su afición por aquellos ositos, leones, perros, gatos, y un largo etcétera, la proferían una inocencia que, de alguna forma, quitaba hierro a su profesión.

– ¿Te quedas hasta por la mañana?

Le preguntó Mónica saliendo del baño, cubierta únicamente con una toalla mientras que con otra se secaba la cabeza. En su invitación se podía leer que aquella noche no tenía pensado trabajar más. A Mónica le gustaba la compañía de Montoya, y al sicario le gustaba la compañía de la puta, así que no dudó en aceptar. Ella sonrió, dejó la toalla de la cabeza en el suelo y se fue hacia la mesilla de noche. Allí, junto a los billetes que Cardo había dejado y que pagaban sus servicios, tenía una cajetilla de tabaco. Cogió un cigarrillo, lo encendió y echó una calada. Después, se coló bajo las sábanas. Se sentó al lado de Montoya, piel con piel. El sicario se dejó embriagar por la suave fragancia a champú que despedía el pelo de la puta.

–La vida es una mierda, Cardo –le dijo con voz triste tras un silencio amable.

– ¿Qué te pasa? ¿Te ha ocurrido algo? –se interesó Montoya.

–No, nada. Llevo unos días dándole vueltas a todo esto. No sé. Tengo veintisiete años y no me gusta la idea de acabar como la Lola –confesó con la voz doblegada por el abatimiento.

Montoya la miró a los ojos. Los rasgos dejados por su forma de vida iban disimulando cada día más su belleza limpia de maquillaje. Pensó que la puta tenía razón: vivir de aquella manera no la llevaba a más destino que al abismo de la soledad y la podredumbre.

Desde fuera podía parecer fácil; bastaba con dejarlo. Sin embargo no era tan sencillo. La vida de Mónica, como la de Montoya, estaba marcada por un oficio que acababa por absorberles; era como un pozo en el que cada vez se iban hundiendo un poco más, y salir de él se hacía cada vez más difícil.

– ¿Por qué matas a gente?

Aquella pregunta de la puta le desconcertó por completo. Nunca antes Mónica le había hablado tan abiertamente sobre su oficio. Montoya supuso que aquel repentino interés por saber de sus motivaciones tendría algo que ver con el estado de desánimo por el que ella parecía estar pasando; trataría de explicarse a sí misma a través de la existencia de él.

–Porque hay quien quiere que lo haga –respondió Montoya de forma poco convincente–. Supongo... ¿Por qué te dedicas tú a esto?

Mónica esbozó una sonrisa triste y echó una calada a su cigarrillo. Después, recapacitó durante unos segundos y habló.

–La vida. Las circunstancias. No sé, un día alguien me ofreció dinero a cambio de sexo. Me resultó fácil.

–Supongo que a mí me sucedió algo así, que un día alguien me ofreció dinero a cambio de quitar de en medio a otro. Me resultó fácil –Montoya hizo una pausa. Ella volvió a sonreír con tristeza–. Mónica, te ayudaré en todo aquello que necesites. Cuenta conmigo como algo más que un cliente...

Mónica se volvió lentamente hacia él. Le acarició la mejilla y lo besó suavemente en los labios. Fue un beso dulce y sincero. Montoya supo que aquel beso no lo había pagado.

–Tú, para mí, ya eres algo más que un cliente –le dijo con dulzura.

Aquel era su absurdo, el que compartían sin ser realmente conscientes de ello. En un momento de su vida había existido un punto de inflexión en el que las circunstancias les hicieron elegir un camino, el mismo por el que seguían avanzando. Habían elegido unos oficios que, por una u otra razón, en un principio les había resultado fácil desempeñar. Pero con el transcurrir del tiempo su forma de vida les había llevado hasta una encrucijada, el absurdo en el que se encontraban: su vida no les gustaba y, sin embargo, eran incapaces de cambiarla, se sentían como si estuviesen condenados a un destino inevitable, como si lo único que les quedase era seguir vagando por ella amparados en la idea de que lo que hacían era lo único que sabían hacer.